

Ghost in Translation

(El fantasma de la traducción)

Miguel Sáenz

*"Siempre se rompen cosas
en las mudanzas"
Guillermo Brown¹*

El título de esta segunda conversación puede parecer extraño y su aclaración ("Supongamos que el fantasma es el traductor"), más aún. Es evidente que se trata de una paráfrasis de la conocida frase inglesa "*lost in translation*", en la que se supone que, al traducir, siempre hay algo que se pierde.

A muchos ese título les recordará una excelente película (2003) de Sofia Coppola, aunque, en realidad, no tiene mucho que ver con el tema y podemos olvidarnos ahora de los inolvidables Scarlett Johansson y Billy Murray. Y recientemente se ha publicado con el mismo título un libro de Ella Frances Sanders, que es una colección de palabras supuestamente intraducibles de distintos idiomas (del castellano se recoge, sorprendentemente, la palabra "vacilando", como un viajar por el simple gusto de viajar y, del español caribeño, "cotisuelto", como individuo que se empeña en llevar los faldones de la camisa por fuera).

Quisiera mencionar sin embargo un libro excepcional, escrito por una polaca, Eva Hoffman, que lleva ese título: *Lost in translation* y está reclamando desde hace tiempo su traducción al castellano y al euskera. Eva Hoffman, a los trece años, emigró con sus padres al Canadá y tuvo que adaptarse a una nueva cultura y una nueva lengua. Nadie ha

¹ Crompton, pág. 144.

descrito como ella los problemas de identidad resultantes. En un momento determinado escribe: "Cuando hablo polaco ahora, se ve infiltrado, permeado y modulado por el inglés de mi mente. Cada lenguaje modifica al otro, se cruza con él, lo fertiliza. Cada lenguaje relativiza al otro. Como todo el mundo, soy la suma de mis lenguajes... el lenguaje de mi familia e infancia, de la educación y la amistad, y del amor, y el de un mundo mayor y cambiante..."². Nadie ha tratado mejor que ella lo que significa cambiar de lengua y de identidad.

Lo que se pierde al traducir... En el campo de la poesía, me gusta recordar al gran poeta norteamericano Robert Frost, quien al parecer dijo una vez (jamás he encontrado documentada la cita): "Poesía es lo que se pierde al traducir" (*Poetry is what disappears in translation*). Y también a Goethe que, en el extremo opuesto, escribió en *Poesía y verdad* que lo que hace que la poesía sea realmente poesía no es el ritmo y la rima sino lo que queda del poeta después de ser traducido en prosa³.

Por mi parte, me he declarado siempre partidario de la tesis de Douglas R. Hofstadter, alguien no tan conocido. Hofstadter, autor del extraordinario *Gödel, Escher, Bach* (1979) y al que nunca se ha hecho mucho caso en materia de traducción, porque no es lingüista sino profesor experto en inteligencia artificial, escribió un libro excepcional que se llama *Le ton beau de Rameau* (alusión a *Le tombeau de Couperin* de Ravel). Un libro en el que, después de presentar innumerables traducciones (ochenta y ocho exactamente) del

² Hoffman, pág. 273.

³ Goethe, pág. 340.

poema "*Ma mignone*"⁴ del francés Clément Marot (1496-1544), sugiere una interpretación mejor para el manido "*lost in translation*" y fabrica un elegante anagrama de *translation*, que sería, sencillamente, "*lost in art*". Y lo explica: "*For poetry's found, not lost in translation*"⁵, o sea, "porque la poesía se encuentra, no se pierde al traducir".

Lo que se pierde al traducir... No puedo olvidar a Salman Rushdie, que una vez escribió (en su novela *Vergüenza*): "Yo también soy un hombre traducido. He sido llevado a través. Por lo general se cree que siempre se pierde algo en la traducción; yo me aferro a la idea - y aduzco, para probarla, el éxito de Fitzgerald-Khayyam - que también puede ganarse algo"⁶. En una conferencia pronunciada en la Universidad de Turín en 1999, sobre las influencias literarias, habló de cómo le impresionó el hecho de que Rabindranath Tagore, el Nobel bengalí, hubiera tenido una influencia mucho mayor en América Latina, gracias a su editora argentina, Victoria Ocampo - y a sus traductores Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez, hubiera debido añadir-, que en la propia India⁷.

Pero hora es ya de hablar de "El fantasma en la traducción". De hecho, ese es casi el título de un excelente libro reciente de Javier Calvo, autor y traductor, valga la redundancia: *El fantasma en el libro (La vida en un mundo de traducciones)*. Sin embargo, Javier Calvo identifica al traductor con una especie de *Poltergeist*, (un espíritu

⁴ "*Ma mignonne, / Je vous donne / Le bon jour; Le séjour c'est prison...*".

⁵ Hofstadter, pág. 139.

⁶ Rushdie, *Shame*, pág. 29.

⁷ *Id.*, "*Influence*", pág. 63.

burlón, diría Noel Coward) que se mezcla en la literatura. Lo cual tengo que rechazar con todas mis fuerzas.

Calvo, en el libro mencionado, dice: "Yo pienso que la invisibilidad es intrínseca a nuestra labor; no puede ser de otra forma [...]. Nuestro ideal es que nuestra traducción se lea «como si no fuera una traducción»". Y añade: "También me gusta pensar que somos fantasmas..."⁸. No especifica, como haría probablemente Harkaitz Cano, si se trata de fantasmas nórdicos o mediterráneos⁹.

En mi opinión el ideal (quimérico) sería que, por ejemplo, un libro dijera: *Crimen y castigo*, de fulano de tal (nombre del traductor), y luego, en letra pequeña: "sobre un texto de Dostoievsky". Sin embargo, Borges, en "*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*", tiene una idea mucho mejor: en Tlön - dice -, "Es raro que los libros estén firmados. No existe el concepto del plagio: se ha establecido que todas las obras son obra de un solo autor, que es intemporal y anónimo"¹⁰. Es evidente que el día en que los libros no lleven nombre de autor ni de traductor y sean solo textos, éste habrá conseguido por fin la anhelada igualdad.

Para mí, el traductor no solo no es un fantasma sino que es, simplemente, el *autor* del libro traducido. Nunca puede ser invisible porque es el autor de su traducción. El traductor es un escritor.

Por eso, hablar de su "invisibilidad" me parece absurdo. El traductor, no puede ser invisible porque, lo quiera o no, dejará su huella, sus huellas en lo traducido. No hay intérprete musical que desaparezca ante su partitura. Si no

⁸ Calvo, pág. 8.

⁹ Cano, pág. 21.

¹⁰ Borges, pág. 325.

tiene personalidad, solo reflejará su falta de personalidad. Lawrence Venuti escribió mucho al respecto.

Es muy posible que, hoy, el mundo literario esté evolucionando en un sentido indeseable. Lo que el lector busca son contenidos y no formas. Y hablar de literatura parece irremediablemente anticuado. Una traducción tiene que estar hecha en un par de días, como el público reclama. Sin embargo, ¿es eso realmente una traducción, un enriquecimiento de la lengua a que se traduce, una incorporación de una obra extranjera a otra cultura? ¿De qué estamos hablando?

Hace muchos años, concretamente el 22 de noviembre de 1976, la Conferencia de la UNESCO aprobó en Nairobi, en su décimo noveno período de sesiones, una resolución en la que pedía el reconocimiento expreso del nombre del traductor en las obras traducidas. Desde entonces, algunas editoriales se han convencido ya de que el traductor, ese supuesto fantasma, debe figurar de algún modo visible en las obras que traduce. Y he visto con agrado que eso es lo que suele ocurrir en las traducciones del euskera al español y del español al euskera.

Una traducción es una obra literaria, un libro, una parte de la literatura de la lengua a la que el libro se traduce. ¿Por qué es tan difícil comprender algo tan simple?

Hay países que respetan la traducción (entre ellos Polonia)... Un escritor, un autor reconocido, no desdeña hacer traducciones. En Rusia, Pasternak dijo siempre que su mejor libro sería la traducción del *Fausto* de Goethe, en la que trabajó muchos años... En cambio, en España, en general, el traductor es un don nadie. Las razones históricas son muchas, pero inexplicables. Por mi parte, defiendo que el nombre del traductor figure en la cubierta del libro, porque,

bueno o malo, ese libro es *suyo*. El día en que el lector no adquiriera un libro traducido sin saber quién ha sido el traductor se habrá ganado una batalla cultural importante.

¿Quién va a un concierto sin saber qué director dirige o qué pianista toca? El traductor es un intérprete. La música no es *suya*, pero sí su interpretación. Y hablar de un "traductor invisible" como el mejor traductor imaginable me parece demente. Para bien o para mal, el traductor nunca será invisible, no puede serlo.

Hace ya unos años (en 2000), el profesor Don Foster, del Vassar College de Nueva York, que ha dedicado su vida a esclarecer autorías literarias inciertas (Shakespeare, Thomas Pynchon, Ted Kaczynski "Unabomber"...), escribió: "Me atrevo a decir que no hay dos personas que escriban exactamente del mismo modo, utilizando las mismas palabras en las mismas combinaciones o con las mismas pautas de ortografía y puntuación. No hay dos adultos en la misma familia (o empresa, o pandilla de motociclistas) que hayan leído los mismos libros. Nadie escribe siempre frases de corrido. Es esa pauta diferencial del uso del idioma por cada escritor y la repetición de rasgos distintivos lo que hace posible que el analista de un texto descubra la autoría de documentos anónimos, seudónimos o falsificados"¹¹.

La teoría de Foster, que él demuestra convincentemente, es que el lenguaje escrito de cada individuo es tan característico como sus huellas dactilares, una especie de ADN literario. En definitiva, somos lo que hemos oído y leído y, disponiendo de material suficiente y un buen programa informático, se puede averiguar casi sin margen de error la autoría de cualquier texto.

¹¹ Foster, pág. 5.

La pregunta inmediata es: ¿y qué pasa con las traducciones? ¿Se puede saber quién ha traducido un texto literario? El traductor es camaleónico por definición, un imitador de voces nato y, si es buen traductor, traducirá estilos además de sustancias, cambiando de vocabulario y de sintaxis como de camisa. Sin embargo, yo, que no creo en la invisibilidad del traductor, pienso que, disponiendo de material suficiente, debería ser posible determinar no solo quién fue el autor de un texto original sino también quién lo tradujo, es decir (si se quiere) quién lo falsificó... El traductor nunca es invisible y, para bien o para mal, deja siempre sus huellas den el texto.

Octavio Paz, como gran poeta y excelente traductor, es importante al respecto. Dice así: "Las diferencias entre traducción y creación no son menos vagas que las fronteras entre prosa y verso. La traducción es una recreación, un juego en el que la invención se alía a la fidelidad: el traductor no tiene más remedio que inventar el poema que imita.¹²" Para Octavio Paz, "traducción y creación son operaciones gemelas"¹³.

Y a mí me gusta citar al respecto al grupo mexicano de corridos "Los Tigres del Norte": en su canción *Somos más americanos* dicen: "Quiero recordarle al gringo / yo no crucé la frontera / la frontera me cruzó".

En Karl Dedecius, gran poeta y traductor polaco, he encontrado un apoyo sólido. Dice Dedecius, de forma que me parece incontestable, que no todo el que escribe poemas es poeta, ni todo el que no escribe poesía "propia" deja por ello de ser poeta. El talento poético, sencillamente, ni incluye ni excluye el talento traductor, y tanto el traductor

¹² Paz, *Obra poética*, pág. 12.

¹³ Paz, *Traducción*, pág. 16.

como el poeta necesitan la misma fuerza e imaginación creadoras. Lo que ocurre es que sus caminos se separan luego y los conducen, por distintos senderos, a un mismo objetivo. Que lo alcancen o no es otra cuestión"¹⁴.

Por último, sobre el traductor como fantasma ha escrito también Michael Emmerich, profesor de la universidad de Santa Bárbara, California, que traduce del japonés: "En lugar de imaginar al traductor como alguien que está entre lenguas, culturas y naciones, haríamos mejor en cultivar su imagen como la de un fantasma que ronda lenguajes, culturas y naciones, existiendo en dos mundos a la vez pero sin pertenecer por completo a ellos. El traductor, como fantasma, no es plenamente nacional ni plenamente extranjero, sino simultáneamente nacional y extranjero; no es totalmente visible ni totalmente invisible para quienes están en un mundo o en el otro, incluso en la forma final de su producción, porque está en su mundo pero no es de él."¹⁵ Quizá fuera esta una posición media aceptable.

¿Adónde nos lleva todo esto, en el contexto de estas Conversaciones centradas en el tema "Si dentro de cien años nuestra lengua todavía existe..."? En primer lugar, a afirmar que el traductor es fundamental para la literatura de una lengua. Walter Benjamin, que escribió mucho y muy bien sobre traducción, tiene un ensayo seminal: "La tarea del traductor (*Die Aufgabe des Übersetzers*). Para Benjamin, cada nueva versión extranjera ilumina un aspecto diferente y complementa el texto original, de forma que éste acababa por convertirse en otra simple versión más de un texto ideal. Una obra literaria, en la historia de la Literatura, no es esa

¹⁴ Dedecius, 120.

¹⁵ Allen y Bernofsky, pág. 50.

obra aislada, sino esa obra *más* sus traducciones a los distintos idiomas... El traductor alarga la vida de los originales, la prolonga. Sin él, no sería posible una literatura mundial.

¿Es imaginable que el euskera desaparezca un día? Yo no puedo imaginármelo, aunque sé que toda predicción sobre el futuro de un idioma es temeraria. Y solo puedo pensar en algo que se dice siempre (y que, como casi todos los tópicos, es absolutamente cierto): nadie muere mientras haya alguien que piense en él. Ángel Lertxundi escribió: "No sé quién dijo que la memoria es el único paraíso del que no pueden expulsarnos"¹⁶.

De lo que sí estoy seguro es de que la *cultura vasca* no morirá, gracias, sobre todo, a la traducción. Traducción de otras lenguas al euskera (lo que redundará en un enriquecimiento indudable del idioma y las ideas) y traducción del euskera a otros idiomas, sobre todo el castellano (quinientos millones de lectores potenciales, que pueden ser muchos más en el futuro). Traductores más que capaces existen ya.

Y aquí quisiera hacer alusión final al ensayo de Javi Cillero "Una botella a la deriva"¹⁷. En él habla de toda una

¹⁶ Lertxundi, pág. 76.

¹⁷ Cillero, pág. 4.

generación (o mejor, varias) de excelentes escritores-traductores vascos. En sus manos está el futuro.
